

HQN™



PATAS  
DE  
ALAMBRE

ISABEL KEATS

Nina se disponía a golpear la puerta entreabierta con los nudillos, cuando desde el interior le llegaron las palabras airadas de un hombre muy enojado.

—Te vuelvo a repetir, Sam, que no necesito ninguna maldita enfermera. ¿Dónde está ese tipo malcarado que me ha estado atendiendo estos días?

—José, Alexander, se llamaba José y ha presentado su dimisión. Sus palabras fueron, a ver, déjame recordar. —Su amigo se sujetó el puente de la nariz entre el índice y el pulgar, como si tratara de concentrarse—. Sí, sus palabras exactas fueron: «Ni por todo el oro del mundo seguiría atendiendo a semejante hijo de puta». Mira Alexander, si no querías verte en estas difíciles circunstancias, no deberías haber esquiado fuera de pista a pesar de saber que existía peligro de aludes. Te aconsejo que seas amable con ella; en vísperas de Navidad es muy improbable que encontremos a otra persona dispuesta a aceptar el empleo.

Después de escuchar aquel fragmento de conversación, Nina tomó aire y, decidida, golpeó un par de veces con el puño. Sin esperar una respuesta, empujó la puerta y entró en la habitación. Tan solo había dado un par de pasos cuando se detuvo en seco. Las proporciones del dormitorio eran impresionantes, y el enorme ventanal sin cortinas que daba al jardín permitía que la luz del sol entrara a raudales; pero Nina ni siquiera lo advirtió. Su mirada estaba concentrada en el hombre de pelo oscuro y revuelto, y semblante malhumorado que permanecía semiincorporado sobre la enorme cama con dosel en la que alguien se las había ingeniado para colocar una serie de poleas y correas que mantenían en alto la pierna escayolada. El brazo del paciente también estaba enyesado desde el hombro hasta el pulgar y, por lo que Nina podía adivinar, estaba desnudo por completo bajo las sábanas.

—Buenos días —saludó, titubeante, sin moverse de donde estaba.

—¡Buenos días! —El tipo rubio y algo sobrado de peso se levantó del butacón colocado junto a la cama y se acercó a ella con la mano tendida. Nina se la estrechó, mientras el otro se presentaba, cordial—: Soy Sam Johnson. Usted debe ser la enfermera Stewart. Acérquese, por favor, y le presentaré a su paciente. Alexander Hamilton, te presento a tu nueva enfermera, la señorita Stewart.

Los furiosos ojos oscuros del hombre inmovilizado en el lecho —que hasta entonces habían permanecido clavados en el cuaderno que estaba sobre la colcha con aparente interés— se alzaron en el acto y enfocaron la cara de la recién llegada. Al instante, sus pupilas se dilataron y, sin que pudiera evitarlo, su boca se abrió varios centímetros.

La recién llegada era lo más parecido a un ángel que había visto jamás, si es que existían los ángeles con cara de duende travieso. Llevaba el cabello, de un tono rubio nórdico poco común, recogido en un moño informal del que escapaban, alborotados, algunos mechones; los ojos, castaños, eran enormes y estaban bordeados de espesas pestañas oscuras; pero lo que más le llamó la atención fueron sus labios. Alexander clavó la mirada en ellos, anhelante, y una retahíla de adjetivos desfilaron en procesión por su mente: jugosos, dulces, apetitosos, sensuales... La voz de la recién llegada, acariciadora como un pañuelo de seda, lo sacó de golpe de su arrobamiento.

—Encantada, señor Hamilton. —Con decisión, le tendió una mano pequeña y delicada que, al momento, desapareció en la enorme palma de Alexander.

—¿Nos conocemos? —Aunque estaba seguro de que si la hubiera visto antes no podría haberla olvidado, algo en el rostro femenino le resultaba extrañamente familiar. Fascinado, observó el modo en que las comisuras de los deliciosos labios de la enfermera Stewart se alzaban, ligeramente, en una sonrisa maliciosa.

—Quizá de algún tiempo remoto, pero lo dudo mucho a menos que...

—¿Qué? —preguntó él sin aliento.

—Al menos que en aquellos tiempos a mí me llamaran Patas de Alambre-Dientes de Hierro-Cuatro Ojos y tú fueras Alex el Orco.

Estupefacto, Alexander se la quedó mirando incapaz de decir una palabra y fue su amigo Sam quien rompió la súbita tensión que los rodeó con la fuerza de un anillo de acero.

—¡No! ¡No puedo creerlo! ¡No me diga que es usted la niña que inspiró a Alexander para crear el personaje de dibujos animados que le ha hecho rico y famoso!

Nina hizo una reverencia burlona.

—La misma.

—Nina Stewart... Así que ahora eres enfermera —comentó Alexander cuando logró recuperar el habla—. Siempre estabas con mi hermano, metiéndolos en líos y recogiendo por ahí todo tipo de criaturas lastimosas...

—Me alegra saber que aún te acuerdas de mí. Como verás, aún conservo mi vocación de cuidar criaturas lastimosas. —Hizo un gesto que abarcó la enorme cama y lo que esta contenía.

A Nina no se le escapó el respingo que dio el atractivo moreno al oírla. Hacía años que Alexander Hamilton había triunfado como diseñador y productor de series animadas infantiles. Era más rico de lo que nunca habría podido imaginar y no estaba acostumbrado a que nadie —y menos una mujer — lo tratara con semejante desdén. Rabioso, se volvió hacia su amigo y ordenó:

—¡Que se vaya! No necesito ninguna enfermera.

Sam lo ignoró por completo y, volviéndose hacia ella, declaró:

—Creo que es usted la persona ideal para el puesto, Nina. Ya le hablé del horario y del sueldo cuando hablamos por teléfono. Usted dormirá allí. —El rubio le indicó con un gesto un cuarto que se comunicaba con el dormitorio principal—. Ahora mismo le diré a Mark que suba su equipaje. Él se encarga también de hacer la limpieza y de cocinar, y puede pedirle también cualquier cosa que necesite. Le aseguro que me ha encantado conocerla, enfermera Stewart. Bueno, Alexander, te dejo en buenas manos. Te veo mañana.

Antes de que el paciente pudiera protestar, su amigo y socio de la empresa abandonó la habitación. Nina y Alexander permanecieron mirándose en silencio, desafiantes, hasta que ella lo rompió al fin.

—¿Qué razón tenía ese que dijo que la venganza es un plato que se come frío...

—¿Así que piensas vengarte de mí? —Los ojos oscuros recorrieron las largas piernas enfundadas en unos ajustados pantalones vaqueros, y la camiseta de algodón blanco que ceñía sus curvas delicadas; debía reconocer que la figura de la antigua Patas de Alambre, aunque esbelta, se había redondeado de manera muy agradable en los lugares adecuados.

—Debería hacerlo, me hiciste la vida imposible. —En ese momento llamaron a la puerta, y entró Mark cargado con la bandeja del desayuno, que colocó sobre el regazo de su empleador.

—¡Llévatela, no tengo hambre! —ladró este, desagradable.

Mark, un atractivo mulato de casi dos metros de altura, con la cabeza rapada por completo y un llamativo brillante en el lóbulo de la oreja, miró a Nina sin saber qué hacer.

—No hagas caso, Mark. Yo me ocuparé, puedes irte.

Aliviado por no tener que enfrentarse con su jefe, que desde que había sufrido el accidente estaba siempre de un humor de perros, el hombrón salió con rapidez de la habitación.

—¡Soy yo el que da las órdenes en mi casa!

Las aletas de la elegante nariz del colérico Alexander se dilataron, amenazadoras, pero, sin hacerle el menor caso, Nina se sentó en el borde del colchón, cogió el cuchillo y empezó a untar una tostada con mantequilla.

—¿Crees que podrás beberte el zumo tú solo o prefieres que te ayude?

—¡No soy un inválido!

—Lamento ser la que da las malas noticias, pero te recuerdo que sí que lo eres; al menos durante unas cuantas semanas. Así que no te avergüences si te ves obligado a pedirme ayuda. Para eso estoy aquí —afirmó de buen humor.

Alexander soltó un bufido, agarró el vaso de zumo de naranja y se lo bebió de un trago. En cuanto terminó, lo dejó sobre la bandeja con un golpe seco que estuvo a punto de derramar el café. Nina levantó la vista de la tostada en la que estaba terminando de extender la mermelada y lo miró sonriente. Incapaz de resistir la dulzura de su expresión, a su nuevo jefe no le quedó más remedio que desviar la vista.

—Ya está, cuando termines de desayunar, avísame. Voy a sacar mi equipaje.

Dejó el trozo de pan sobre el platillo, se levantó y desapareció por la puerta que comunicaba con su habitación. Alexander se quedó solo, sin dejar de maldecir entre dientes. A pesar de lo que había dicho, estaba hambriento, así que devoró a toda velocidad la enorme tostada que le había preparado Nina y se bebió el café. Un rato después, ella reapareció, fue al baño, cogió una cuña de acero y se acercó a la cama para dársela y retirar la bandeja.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó una vez más.

Por toda contestación Alexander lanzó un gruñido y con gesto brusco le arrebató la cuña de las manos. Sin dejar de fruncir el ceño, esperó a que ella

abandonara de nuevo la habitación antes de usarla.

«Esto va a resultar humillante», se dijo, profundamente irritado.

Nina regresó enseguida, tomó la cuña y fue al cuarto de baño a vaciarla. Estuvo un buen rato trajinando ahí dentro, mientras Alexander, impaciente, la escuchaba tararear el último éxito de un conocido grupo de rock con entusiasmo, pero sin mucho oído. Después de lo que se le antojó un lapso interminable, la enfermera Stewart regresó cargada con un montón de cachivaches y aún tuvo que hacer otro viaje al baño, para traer algunos más. Al adivinar sus intenciones, Alexander se pasó una mano nerviosa por sus más que despeinados cabellos oscuros y con los ojos echando chispas exclamó:

—¡No sueñes que vas a bañarme! ¡Llama a Mark!

—Venga, Alex el Orco, no seas pudoroso. No te pega nada. —Los inmensos ojos castaños brillaron, llenos de malicia—. Para tu tranquilidad, te hago saber que no eres el primer hombre que veo desnudo. Soy una enfermera profesional, prometo no reírme si la tienes pequeña...

Él la miró boquiabierto. Resultaba inimaginable que una simple empleada, a la que, por otra parte, pagaba un sueldo más que generoso, tuviera la desfachatez de soltarle semejante impertinencia. Estaba tan estupefacto que ni siquiera pudo replicar y permaneció mudo mientras ella, sin inmutarse, continuaba explicándole, igual que si fuera un niño pequeño, lo que pensaba hacer a continuación.

—Primero te afeitaré, después te lavaré la cabeza y más tarde el resto del cuerpo —enumeró con calma—. Creo que serás capaz de lavarte los dientes tú solo.

Una vez más, Alexander fue incapaz de articular ni una palabra; no podía asimilar que esa pequeña y autoritaria enfermera, tan segura de sí misma, fuera la misma adolescente asustada a la que él se había encargado de hacer la vida imposible.

Nina aprovechó su falta de reacción para sentarse de nuevo en el borde del colchón. Entonces, extendió un poco de pasta sobre su cepillo de dientes y se lo dio. Cuando Alexander terminó de cepillarse los dientes le tendió un vaso de agua y puso una palangana bajo su boca para que se enjuagara. Después colocó otra almohada detrás de su cabeza, embadurnó sus mejillas

de espuma y, con destreza, rasuró los oscuros cañones de aquella barba cerrada con una cuchilla desechable, hasta que el rostro masculino lució un afeitado perfecto. En cuanto Nina se levantó a vaciar las palanganas en el lavabo, su paciente exhaló un hondo suspiro; el contacto de aquellos dedos, diligentes y seguros, resultaba demasiado agradable y era consciente de lo larga que se le iba a hacer toda la operación. La enfermera Stewart volvió al rato con las jofainas rellenas de agua limpia y las dejó en el suelo, luego desató la pierna escayolada de las correas que la sujetaban en alto antes de volverse hacia él.

—Voy a poner tu cabeza de forma que quede al borde del colchón, ¿crees que podrás moverte un poco o prefieres que llame a Mark?

Otro gruñido salió de su garganta a modo de respuesta, pero, en esta ocasión, Alexander decidió cooperar y, después de un par de intentos, Nina consiguió colocarlo en el lugar que deseaba. La chica humedeció su pelo con cuidado, procurando que el agua sobrante cayera sobre un plástico que había colocado debajo, que desaguaba a su vez en otro recipiente. Los hábiles dedos femeninos extendieron el champú y empezó a masajear sus espesos cabellos con suavidad. Alexander cerró los ojos y tuvo que apretar con fuerza las mandíbulas para contener el suspiro de placer que pugnaba por escapar de sus labios.

Complacida, Nina aprovechó para deslizar sus ojos castaños por el atractivo rostro masculino. Sus rasgos eran fuertes y varoniles; tenía una nariz fina y ligeramente aguileña y unos labios firmes que, en ese momento, mantenía muy apretados.

Aún no podía creer que el mismísimo Alex el Orco, el azote de sus inseguridades adolescentes durante los últimos años de instituto, estuviera completamente a su merced. Desde luego, la vida daba muchas vueltas. Era curioso, pero ahora, al cabo de los años, al recordar el nombre con el que la avergonzaba a voz en grito delante del resto de los alumnos cada vez que se la encontraba por los pasillos del edificio —y que tantas lágrimas de rabia le había hecho derramar cuando era una niña—, más bien le entraba la risa.

Patas de Alambre, Dientes de Hierro, Cuatro Ojos.

En cierta manera, le halagaba haber inspirado el personaje de una serie de dibujos animados que llevaba años batiendo récords de audiencia en todo el

mundo entre los niños de ocho a trece años de edad. Debía confesar que ella misma no se perdía un solo capítulo; los guiones eran muy ingeniosos y el diseño de los personajes, magnífico.

En el instituto tanto los profesores como el resto de sus compañeros habían tenido claro que Alexander Hamilton triunfaría algún día. Elegido durante varios años el chico más popular de la escuela, era un deportista fuera de serie y sacaba unas notas excelentes. Ella misma habría sido una más de aquellas admiradoras que bebían los vientos por él si no hubiera sido porque, desde que cumplió los trece años, Alexander la había elegido como blanco de sus burlas. Por si eso no fuera suficiente, y para desgracia de Nina, sus casas se erigían una al lado de la otra y el hermano pequeño de Alexander, Lucas, que tenía su misma edad, era su mejor amigo. Así que no le quedaba más remedio que sufrir sus ataques a menudo.

El suspiro de placer que exhaló su antiguo martirizador la devolvió a la realidad y se dio cuenta de que llevaba un buen rato haciéndole un masaje en el cuero cabelludo.

«Más que un masaje», se dijo apretando los labios, «lo que se merece Alex el Orco es que lo estrangule con mis propias manos». Con destreza, Nina terminó de aclararle el pelo y se lo secó con una toalla. En ese momento, Alexander abrió los párpados con lentitud, y ella sorprendió en sus ojos oscuros una mirada densa que no supo cómo interpretar.

—Ahora, lo más complicado —anunció con su voz más profesional, para romper el incómodo silencio—. Te ayudaré a ponerte de lado y pasaré un plástico y una toalla por debajo de tu cuerpo para no mojar la cama.

Lo dispuso todo con su característica habilidad y, enseguida, Alexander se encontró tumbado de espaldas sobre el plástico y la toalla. Nina cogió una esponja, la escurrió bien y la pasó por su rostro, luego añadió un poco de jabón y continuó por su cuello, el brazo que no estaba enyesado, las axilas y las manos. Secó todo bien antes de seguir su recorrido por el tórax y el abdomen, sin poder evitar admirar los poderosos músculos que se marcaban bajo la piel morena.

Mientras tanto, Alexander no podía apartar la mirada de aquel rostro angelical que parecía concentrado por completo en su tarea. Se preguntó a cuántos hombres habría bañado la enfermera Stewart y si todos ellos habrían



sentido las mismas tormentosas emociones que su tacto, suave y delicado, despertaba en él.

Ajena en apariencia a todo lo demás, Nina prosiguió lavando la pierna sin escayola y su pie. Cuando terminó, lo ayudó a ponerse de lado y frotó sus anchas espaldas. Más tarde, apartó con ligereza la sábana que cubría el resto de su cuerpo desnudo y pasó la esponja por sus nalgas, duras como piedras. De pronto, se sentía extrañamente acalorada y, a regañadientes, tuvo que admitir que en su vida había visto un cuerpo masculino tan perfecto.

—Ya casi está. —Con mucho cuidado, le ayudó a tenderse una vez más sobre su espalda. La sábana se había deslizado hacia abajo y, entonces, se percató de la incuestionable erección que lucía su paciente. En el acto, alzó la mirada para tranquilizarlo; sin embargo, al descubrir sus ojos fijos en ella, con la intensidad de dos abrasadores carbones encendidos, no pudo evitar que una ola de rubor cubriera su rostro y su cuello, y se apresuró a darle explicaciones en un tono de voz que sonó algo jadeante—: No te preocupes, es... es completamente normal.

Alexander no dijo nada, pero sus pupilas ardientes no se desviaron ni un milímetro de su rostro sonrojado. Turbada y deseosa de acabar cuanto antes, Nina terminó de lavarlo, lo secó bien y lo volvió a cubrir con las sábanas.

—Mañana te cambiaré las sábanas —anunció sin mirarlo. Después se agachó a recoger las cosas que estaban tiradas por el suelo y las llevó al cuarto de baño. En cuanto terminó de ordenarlo todo, desapareció con rapidez tras la puerta de su dormitorio y lo dejó solo.

Durante los siguientes días se estableció una rutina que apenas variaba de un día para otro. Primero, desayuno seguido del aseo; el resto de la mañana, Alexander, con su única mano operativa, solía dibujar o trabajar en el ordenador hasta la hora de la comida; después, Nina lo obligaba a descansar un rato mientras ella se abrigaba bien y salía a dar un paseo por los hermosos y agrestes caminos que rodeaban la espectacular vivienda diseñada por un conocido arquitecto que, en aquella época del año, estaban cubiertos por una fina capa de nieve; por la tarde, solían echar una partida de damas o de cartas sin dejar de charlar sobre lo primero que se les ocurría.

Para su sorpresa, Nina descubrió que nunca les faltaban temas de conversación. Alexander era un hombre interesante y culto que había viajado por el mundo entero. Durante muchos años, había estudiado en Japón con los mejores mangakas y tenía un montón de anécdotas curiosas de aquella época; sin embargo, no era de esos tipos que solo disfrutaban hablando de sí mismos. Continuamente insistía en que ella le contara cosas de su vida y se reía con ganas al escuchar las alocadas peripecias en que —la mayoría de las veces por culpa de su buen corazón— se veía involucrada. Sam, su amigo, también iba a visitarlo a menudo, y Nina y él se hicieron grandes amigos. A pesar de las protestas del propietario de la vivienda, decidieron decorar la habitación con vistosas guirnaldas y, entre los dos, empezaron a colocar los adornos navideños que sacaron de una inmensa caja de cartón con la que ella se había presentado un buen día.

Ninguno de los dos le prestó la menor atención a un enfurruñado Alexander que los vigilaba desde la cama con cara de pocos amigos. Incapaz de apartar los ojos de la grácil figura de Nina —quien con los ajustados vaqueros, la camiseta blanca y las zapatillas de deporte, que parecían constituir su uniforme de trabajo, iba de acá para allá llenando hasta el último rincón de su dormitorio con aquellas absurdas bolas de colores y unas no menos ridículas estrellas plateadas—, seguía con atención hasta el último de sus movimientos. Saltaba a la vista el buen rollo que reinaba entre aquellos dos metomentodo, pensó, molesto y, al oír la alegre carcajada que soltó ella por algo que acababa de decirle su amigo, su grado de irritación subió unos cuantos peldaños mientras fruncía el ceño aún más.

—*Voilà!* —Nina se volvió hacia él, al tiempo que hacía un gesto con los brazos que abarcó el ambiente, decididamente de navideño, que había adquirido la habitación.

Las pupilas hambrientas de Alexander se deslizaron por las mejillas sonrosadas; por los mechones de suave pelo rubio que escapaban de aquel moño informal que ella misma se hacía a toda velocidad con ayuda de una simple goma de pelo; por los acariciadores ojos castaños que, en ese instante, brillaban llenos de satisfacción... y sintió una dolorosa punzada en la entrepierna que lo puso de peor humor aún.

—Ahora mi dormitorio tiene un aspecto completamente ridículo, ¿ya

estáis contentos?

—Creo que el espíritu del Grinch se ha apoderado de ti, amigo mío. ¡Vade retro, Grinch! ¡Devuélvenos a nuestro amable Alexander, maldito bastardo!

Sam abrió y cerró las manos varias veces del mismo modo en que lo haría un mago diplomado en hechizos y encantamientos varios y, al verlo, la sonrisa que el áspero comentario de su jefe había borrado de sus labios durante unos segundos regresó a la boca adorable de la enfermera Stewart.

Una noche, un grito desgarrador sacó a Nina de un sueño profundo. Sobresaltada, echó las sábanas a un lado y, descalza, corrió al cuarto de al lado con el corazón acelerado, se acercó a la cama y, con dedos trémulos, encendió el aplique que había encima de la mesilla de noche. Alexander, muy inquieto, movía la cabeza de un lado a otro, sin dejar de gemir. Nina colocó una mano sobre su frente, empapada con un sudor frío, y trató de calmarlo:

—¡Despierta, Alexander! ¡Tienes una pesadilla!

Tuvo que repetirlo unas cuantas veces hasta que sus palabras lograron penetrar en su cerebro y Alexander abrió los párpados, por fin. Aturdido por completo, trató de incorporarse de golpe y, al instante, otro profundo gemido, esta vez de dolor, brotó de su garganta.

—¡Quieto, Alexander!

Con firmeza, Nina colocó la palma de su mano sobre el poderoso pecho desnudo que también estaba cubierto de sudor, para impedir cualquier movimiento. Entonces, la mirada confundida de Alexander se posó sobre aquel precioso rostro tan cerca del suyo, cuyos grandes ojos castaños lo miraban con expresión preocupada, y al punto se serenó.

—Estaba soñando que tenía la nariz y la boca cubiertas de nieve y no podía respirar. —Hablaba con voz ronca y su respiración era muy agitada.

Nina le acarició la frente con dulzura y susurró:

—Shh. Solo ha sido una pesadilla.

—Quédate conmigo... —suplicó él con un aspecto tan desvalido que la enterneció.

—Está bien. Me quedaré un rato.

Nina se sentó en el borde del colchón sin dejar de acariciarlo y a Alexander no se le escapó el estremecimiento que recorrió su cuerpo, cubierto tan solo por un fino camisón de tirantes. Tenía la carne de gallina.

—Estás helada. Será mejor que te metas conmigo en la cama y te tapes con las sábanas. —Al ver que titubeaba, añadió—: Será solo un momento. Por favor.

Tras pensarlo unos segundos, Nina apartó las sábanas con decisión y se tumbó a su lado. Alexander pasó su brazo derecho por detrás de su cabeza y la atrajo hacia sí.

—¡Eh!

—No te preocupes. A pesar de mis malvadas intenciones, estos yesos me impedirán violarte.

Divertida por el matiz ácido de sus palabras, no pudo evitar lanzar una carcajada.

—La verdad es que no me imagino a Alex el Orco violando a la pobre Patas de Alambre.

Él la apretó aún más contra su costado y le advirtió, amenazador:

—Será mejor que no te confíes.

—Cuéntame tus aventuras de cuando estudiabas en Japón —rogó Nina mientras su boca se abría en un involuntario bostezo. Cuidar de Alexander era un trabajo muy absorbente, y solía acabar tan cansada que por las noches caía rendida en su cama.

Obediente, Alexander empezó a contarle anécdotas de sus años de estudiante. Su voz grave, y el calor que desprendía su cuerpo la arrullaban y, a los pocos minutos, Nina dormía profundamente. Alexander notó su respiración regular y sonrió en la oscuridad. Con cuidado, volvió su cabeza hacia ella y hundió su nariz en el fragante cabello que olía como ella, a una mezcla exquisita de flores, sol y vida. Sin despertarse, Nina se acomodó mejor contra él y posó su mano en el pecho masculino, al tiempo que cruzaba uno de sus muslos sobre la pierna sana. Al instante, Alexander empezó a hiperventilar y tuvo que echar mano de todas sus reservas de autodominio para no colocarse sobre ella, escayolas y todo, y aplacar de una vez el deseo, casi insoportable, que lo atormentaba desde que la pequeña Nina Stewart había vuelto a entrar en su vida. Después de lo que se le antojó una eternidad,

consiguió dormirse también y, cuando despertó al amanecer, más descansado que nunca desde que había tenido el accidente, descubrió que ella ya no estaba a su lado.

Al cabo de unos días, Alexander hizo balance y descubrió sorprendido que, a pesar de todo, el tiempo —a excepción de los interminables fines de semana en los que Nina se marchaba a su propia casa para disfrutar de sus días libres— se le había pasado volando.

Dos semanas antes de Navidad, le habían quitado la escayola del brazo y el médico le permitió levantarse de la cama. Nina lo ayudaba a sentarse en la silla de ruedas que el socio de Alexander había llevado y lo sacaba un rato al jardín para que le diera un poco el aire. Uno de esos días, frío pero soleado, Alexander, sentado en la silla y con la pierna mala apoyada sobre un enorme macetero de hormigón, dibujaba en su cuaderno una perspectiva del jardín en su periodo invernal mientras se dejaba acariciar por los tibios rayos de sol. En un momento dado, levantó los ojos del papel y se dio cuenta de que Nina, bien envuelta en una gruesa manta de piel, se había quedado dormida sobre uno de los sillones del porche.

Al verla con la cabeza apoyada sobre uno de los almohadones y el moño desecho casi por completo, el recuerdo, casi olvidado, de una lejana tarde de verano hacía más de trece años, lo asaltó de pronto. Él acababa de cumplir los diecisiete, y sus padres le habían regalado una caña de pescar fantástica. Regresaba de probarla en el río, no muy caudaloso, que discurría a pocos kilómetros de su casa, cuando descubrió a Nina, que dormía profundamente a la sombra de un álamo gigantesco. A su lado, en una cesta de mimbre, estaba una de aquellas patéticas criaturas que su hermano Lucas y ella acostumbraban a rescatar: en esta ocasión un gato sarnoso, con una pata vendada, que lo miraba con desconfianza con su único ojo sano.

Sin hacer ningún ruido, se acercó a ella, se acuclilló a su lado y permaneció observándola durante un buen rato. Nina se había quitado las gruesas gafas de concha que usaba desde que él la conocía, y su puño se cerraba en torno a ellas en un ademán protector. Alexander frunció los labios en un gesto burlón y se dijo que, para rondar los catorce, la amiga de su

hermano no estaba muy desarrollada. De hecho, el mote de Patas de Alambre le venía que ni pintado. Las piernas tostadas por el sol, larguiruchas y muy delgadas, asomaban como dos palitroques bajo el ruedo de su falda y, ocultos bajo su camiseta de manga corta, apuntaban apenas los botones de sus pechos. Sin saber por qué, imaginó la mano de su hermano Lucas enredada en los suaves cabellos rubios, antes de deslizarse sobre sus pequeños senos y, de improviso, lo acometió una violenta sensación de desagrado que le revolvió el estómago.

Al contemplar su rostro —que aún no era el de una mujer, pero tampoco el de una niña— con las oscuras pestañas sombreando sus mejillas, y aquella boca de labios inocentes y provocativos a un tiempo que ocultaban su aparato dental, le vino a la mente la imagen del ángel de mármol esculpido en la lápida de una de las tumbas de la iglesia del pueblo que tantas veces había dibujado y, de repente, le invadió el deseo irreprimible de tocar aquella piel inmaculada y comprobar si era tan suave como parecía a simple vista.

Sin pensar, extendió el brazo y con el dorso de su dedo índice recorrió una de las arqueadas cejas y después la otra con mucha delicadeza. Bajó por el puente de su pequeña nariz, salpicado por unas graciosas pecas casi imperceptibles, y llegó hasta sus mejillas. Fascinado, dibujó sus labios con la yema de ese mismo dedo y, mientras luchaba contra las ganas de inclinarse sobre ellos y cubrirlos con los suyos, los párpados femeninos temblaron y Nina abrió los ojos.

Alexander estaba tan cerca de ella que pudo leer sin dificultad todas las emociones que pasaron por los iris color café. Desorientación, sorpresa y, luego, un temor que lo hirió en lo más hondo. Enfadado consigo mismo por el poderoso deseo que sentía de estrecharla entre sus brazos, y con Nina por manifestar el miedo que la invadía solo con verlo, soltó uno de aquellos comentarios hirientes que, no sabía por qué, solo empleaba con ella:

—¡Caramba, ya se despertó la Feadurmiente! Te advierto que todos los príncipes de los alrededores han salido corriendo despavoridos al ver tus patas de alambre. Por fortuna, no han asistido también al horrible espectáculo de tus dientes de metal. Los habrías matado del susto.

Ella no contestó, pero sus labios temblaron y sus dulces ojos castaños se llenaron de una sospechosa humedad; sin embargo, luchó por contener las

lágrimas. Con un nudo en su propia garganta, Alexander se dio cuenta de los valientes esfuerzos que hacía por no llorar y, a pesar de que se sentía el bastardo sin corazón más cruel del Planeta Tierra, se puso en pie, lanzó una carcajada de fingida diversión y se alejó de allí a toda prisa.

De vuelta al presente, Alexander se preguntó por qué había acosado durante años a una niña tan tierna y tan indefensa como había sido Nina cuando ambos iban al instituto y, de súbito, la respuesta le resultó tan evidente como si hubiera tomado cuerpo y acabase de chocarse de bruces contra ella.

La quería.

La había querido desde siempre. Sabía que era de las pocas chicas de la escuela que no mostraba ningún interés por él, y sus comentarios hirientes habían sido su forma de tratar de llamar su atención. No soportaba verla todos los días en compañía de su hermano; se moría de envidia al comprobar la complicidad que compartían los dos. Ni siquiera cuando dejó de ir al instituto se había olvidado de ella. Su recuerdo había sido el germen del personaje que tanta fama y dinero le había aportado. Y durante las semanas que había pasado a su lado, al verla cada día y comprobar que aquella seductora dulzura que había mostrado de niña seguía intacta, ese amor que había permanecido latente durante tantos años había florecido con mucha más fuerza aún.

En ese momento, Nina abrió los ojos y lo pilló mirándola con la misma expresión que una persona que acabara de ver a un fantasma.

—¿Pasa algo? —Se estiró muy despacio, con inconsciente sensualidad. El movimiento hizo que la manta se deslizara hasta su cintura, y la fina tela de su camiseta silueteó los pequeños senos con precisión. Sus mejillas estaban sonrojadas tras la breve siesta y, como le ocurría tan a menudo de un tiempo a esta parte, Alexander sintió un doloroso tirón en la entrepierna.

Sin embargo, frunció el ceño y respondió con sequedad:

—Nada.

Ella se encogió de hombros, se levantó y se acercó a la silla de ruedas:

—Hace frío. Venga, te llevaré adentro. Me apetece beber algo caliente, ¿quieres un té?

—Nina, quería preguntarte algo...

—¡Qué serio te has puesto, Alexander! —Se envolvió bien con la manta que se había echado sobre los hombros y se arrodilló junto a él, de manera que sus ojos sonrientes quedaron a la altura de aquellos otros ojos que parecían arder con alguna oscura emoción—. Adelante, pregúntame lo que quieras.

—¿Aún me odias por cómo te traté?

Al escuchar aquella pregunta, los iris castaños recuperaron la seriedad en el acto. Nina se quedó un rato pensativa, considerando la cuestión, y al fin contestó:

—Ya hace mucho que no te odio, Alexander. En realidad, ni siquiera cuando era una niña lo hacía. Es verdad que tus palabras me causaban un gran dolor, pero como se dice a menudo: «Lo que no te mata te hace más fuerte». Además, siempre conté con la amistad y el apoyo de tu hermano, y con el del resto de los compañeros. Simplemente, no entendía por qué eras tan odioso conmigo. Si hubieras sido un chico repelente de los que trata a todo el mundo a patadas, creo que lo hubiera llevado mejor, pero tus crueles comentarios parecían reservados solo para mí, y eso me hacía daño.

Aquel sereno discurso, pronunciado sin el menor rastro de amargura, atravesó todas las capas de protectoras con las que Alexander se había ido recubriendo a lo largo de su vida, y se clavó en lo más profundo de su ser; sin embargo, siguió escuchando sin decir nada, sin apartar las pupilas de aquel bonito rostro que rezumaba sinceridad.

—Lucas tenía una teoría bastante descabellada...

Nina se interrumpió, un poco turbada, pero él la apremió para que continuara:

—Sigue, por favor. No te detengas. ¿Qué teoría tenía mi hermano?

—Decía que eras tan borde conmigo porque en el fondo te gustaba. Absurdo, ¿verdad?

Alexander asintió al instante y lanzó carcajada tan falsa que si hubiera estado encima de un escenario el público le habría arrojado huevos. Luego se puso muy serio, estiró el brazo y con el dorso de sus dedos rozó apenas la piel tersa de la mejilla femenina, antes de suplicar con una mirada cargada de arrepentimiento:

—¡Perdóname!



—Hace tiempo que te perdoné, Alexander —contestó ella con sencillez, antes de inclinarse sobre él y depositar un beso ligero sobre su frente que le hizo cerrar los ojos y lanzar un profundo suspiro—. Anda, volvamos. Me muero de frío y de sed.

Y, sin esperar respuesta, se levantó del suelo y comenzó a empujar la silla en dirección a la casa.

Alexander sudaba a chorros mientras practicaba con su fisioterapeuta la tabla de ejercicios que este había elaborado para él. Justo cuando estaba a punto de rogarle que le diera un respiro, la puerta de la sala que hacía de improvisado gimnasio se abrió de golpe y su hermano se coló dentro con el ímpetu de un caballo desbocado. Lucas se detuvo junto a la cinta con barandilla en la que Alexander se ejercitaba ahora que también le habían quitado la escayola de la pierna y preguntó, burlón:

—¿Qué hermanito? Duele, ¿eh?

—Hola, Lucas, siempre tan agradable. ¿Qué mal viento te trae por aquí? —El tono de Alexander era áspero y en su atractivo rostro había una expresión de profunda desconfianza.

—Visitar a los enfermos es una obra de misericordia. —Lucas le dirigió una mirada inocente, pero al ver que no había conseguido engañarlo, se encogió de hombros y confesó—: Necesito un préstamo. Además, me ha dicho un pajarito que Nina te está cuidando. Desde luego, eres un cabrón con suerte, Al; sé muy bien que siempre has estado loco por ella... —Su hermano abrió la boca para negar aquella teoría descabellada, pero la volvió a cerrar sin decir nada—. Por cierto, ¿dónde está? Me gustaría verla.

En ese mismo instante, la puerta se abrió de nuevo y apareció Nina, con una jarra de agua en una mano y un vaso en la otra. Al ver al hombre que estaba junto a Alexander, se apresuró a soltarlos sobre una mesa cercana y corrió hacia él:

—¡Lucas, qué alegría! ¡Hacía siglos que no te veía! —Sin dudarlo, se arrojó sobre él y le echó los brazos al cuello. Con una carcajada, su amigo la agarró de la cintura y giró con ella, encantado. Alexander contemplaba aquella escena enternecedora con el ceño fruncido y las mandíbulas muy

apretadas; una vez más, una desagradable y familiar sensación de celos abrasadores amenazaba con ahogarlo—. ¿Cómo va tu hospital de animales? Me han dicho que es todo un éxito.

Lucas la soltó por fin, aunque uno de sus brazos permaneció, posesivo, alrededor de la cintura femenina y contestó sonriente:

—Sí, tenemos un montón de pacientes, pero, por desgracia, la mayoría carecen de dueños ricos, así que aquí me tienes intentando darle un sablazo a mi archiforrado hermano mayor...

—Deberías haber venido antes a verlo. No está bien que aparezcas por aquí solo para pedirle dinero. —Nina lo regañó, risueña.

—Bueno, Alexander ya me conoce. —El recién llegado se encogió de hombros sin darle mayor importancia.

—Sí. Nos conocemos demasiado bien. —En esta ocasión, el tono de su hermano mayor tenía un inconfundible matiz amenazador, pero nadie le prestó la menor atención; se notaba a la legua que tanto Nina como Lucas estaban felices con su inesperado reencuentro.

Sin esperar a ser invitado, Lucas se quedó a comer y les acompañó durante el resto de la tarde. Nina y él charlaban y reían sin parar mientras intercambiaban cómicas anécdotas de sus tiempos del instituto o de gente que solo ellos conocían, lo que hacía que Alexander tuviera la molesta sensación de ser una carabina indeseada. Notaba que estaba de más, así que pasó la mayor parte del tiempo encerrado en un mutismo obstinado del que, a pesar de los esfuerzos de su amable enfermera, se negó a salir. Cuando, mucho más tarde, Lucas se despidió de ellos, su hermano mayor sintió un tremendo alivio.

—Tengo que irme. Gracias por el cheque, hermanito. Y tú, Nina, cuídate —ordenó, al tiempo que la estrechaba entre sus brazos y depositaba un beso en sus labios un poco más apasionado de lo que resultaba conveniente entre amigos. Al verlo, Alexander volvió a apretar sus mandíbulas con tanta fuerza que le dolió; pero Nina, ajena por completo a la violenta tormenta que se estaba gestando en el pecho poderoso de su paciente, acompañó a Lucas hasta la puerta, y regresó sonriente.

De pie junto al sofá, Alexander, con semblante torvo, la esperaba impaciente con una mano apoyada en su bastón y la otra en la cintura. Sin

sospechar lo que se le venía encima, Nina se acercó a él, dispuesta a acompañarlo a su dormitorio —a pesar de que él ya no necesitaba que lo ayudara a ponerse el pijama—, sin embargo, las palabras airadas que salieron de la boca de su jefe la hicieron detenerse en seco a menos de cincuenta centímetros de él:

—¿Qué demonios hay entre mi hermano y tú?! —Ella lo miró boquiabierta, pero, antes de poder darle una respuesta, Alexander prosiguió con el mismo tono hiriente—: Sois amantes, ¿verdad? Me imagino que casi desde los tiempos en que no eras más que una niña de piernas largas y llevabas aparato dental. Fue por eso por lo que no sufriste por mis ataques en el instituto, ¿no? ¡Lo tenías a él para consolarte!

—¡Alexander Hamilton, no dices más que tonterías! ¡Además, aunque así fuera no es de tu incumbencia! —replicó, indignada, en cuanto recuperó su capacidad de hablar.

—Ah, ¿no? —El tono desafiante de Nina lo enfureció aún más. Con un gesto brusco que la tomó por sorpresa arrojó su bastón al suelo, la agarró por los brazos y la pegó contra su pecho sin la menor delicadeza, al tiempo que afirmaba en un susurro, ronco y reconcentrado—: Eres tonta de estar con él, no tiene donde caerse muerto. Yo tengo mucho más que ofrecerte.

—¡Eres... eres...! ¡No quiero nada de ti! ¡Puedes meterte tu maldito dinero por...!

Antes siquiera de que la ofendida Nina pudiera terminar la frase, Alexander enredó los dedos en los suaves cabellos rubios con tanta rudeza que la goma que sujetaba el moño en su sitio salió disparada, la obligó a echar la cabeza hacia atrás y, con el ataque certero de un ave de presa, se abalanzó sobre su boca y la besó con violencia.

Nina forcejeó como una posesa en un vano intento de liberarse de aquella boca cruel que maltrataba sus labios sensibles, pero era como enfrentarse a un diablo enloquecido, mil veces más poderoso que ella; así que, al ver lo infructuoso de sus esfuerzos, decidió cambiar de táctica y se quedó muy quieta. Entonces, en cuanto notó que él se confiaba y aflojaba un poco su presa, apoyó las palmas de las manos contra su pecho y lo empujó con todas sus fuerzas.

La pierna de Alexander aún estaba débil y, al carecer del apoyo del

bastón, perdió el equilibrio y cayó de espaldas sobre el sillón, arrastrándola con él. Nina quedó tumbada sobre su cuerpo todo lo larga que era y se retorció, frenética, tratando de liberarse; pero aquellos movimientos desesperados tuvieron el efecto contrario y tan solo sirvieron para enloquecerlo aún más. Sin liberar su boca ni un segundo, la mano de Alexander bajó por su costado, se introdujo por debajo de la camiseta blanca y acarició uno de sus pequeños pechos por encima de la tela del sujetador. El calor abrasador de aquellos dedos hizo que un gemido sofocado escapara, incontrolable, de la garganta femenina y, al oírlo, su agresor, jadeante, inició un imparable ataque combinado. Mientras el pulgar trazaba círculos en torno a al endurecido pezón con enloquecedora lentitud, la otra mano sujetó la delicada nuca de forma que ella no pudiera apartarse ni un milímetro y, sin previo aviso, sus besos se hicieron más suaves y, al mismo tiempo, más íntimos.

Muy despacio, Alexander dibujó con la punta de la lengua el contorno de sus labios en una caricia sensual que hablaba a las claras de años de práctica, y Nina, incapaz de resistirse a aquel delicado y traicionero ataque a sus sentidos, no pudo reprimir un nuevo gemido que él aprovechó para profundizar en el beso aún más y explorar con su lengua los misterios de aquella dulce caverna que lo volvía loco. Luego su boca resbaló lentamente por la frágil columna de su cuello hasta llegar a su pecho y, con avidez, empezó a atormentar su rígido pezón en un nuevo y enloquecedor suplicio del que, en esta ocasión, ella no hizo ningún esfuerzo por escapar.

Arrebatada por el deseo, Nina se perdió por completo en las caricias de Alexander hasta que, nunca supo por qué, algo le hizo recobrar la lucidez. De repente, fue consciente de que la cálida mano de su antiguo azote escolar se había colado por la cinturilla de sus pantalones vaqueros y acariciaba sus nalgas desnudas mientras que sus propios dedos, tras trazar un sendero de caricias por los duros músculos de su pecho, luchaban, desesperados, con el nudo del cordón que sujetaba su pantalón de deporte.

«¿Por Dios, Nina, se puede saber qué demonios estás haciendo?!», la vocecilla aflautada de su conciencia gritaba en el interior de su cerebro fuera de sí. «¿Acaso vas a permitir que Alex el Orco, el famoso rompecorazones del instituto, haga otra muesca en su cinturón a cuenta tuya porque no hay

otra chica más a mano a la que seducir?!».

En vez de ignorar como solía a aquella voz, algo repelente, que acostumbraba a advertirle del peligro en los instantes más peliagudos de su vida, Nina, cosa rara, en esta ocasión le hizo caso y se revolvió con violencia. Aquella súbita oposición tomó a Alexander completamente por sorpresa, y ella consiguió liberarse. Jadeante, se puso en pie, se encaró con él con los brazos en jarras y gritó llena de rabia:

—¡No vuelvas a tocarme nunca más! —Si no hubiera estado tan enfadada, se habría reído a carcajadas al ver la expresión de absoluta estupefacción que asomó en el rostro de Alexander mientras este trataba, sin éxito, de incorporarse en el sillón; saltaba a la vista que no estaba acostumbrado a que las mujeres lo rechazaran—. ¡Guarda para alguna de tus admiradoras tus dotes de donjuán minusválido, a mí no me impresionan lo más mínimo!

¡Donjuán minusválido! ¡Esta vez se había pasado tres pueblos la muy bruja!, se dijo Alexander, aturdido, incapaz de apartar los ojos de aquel precioso rostro sonrojado, enmarcado por la corta melena rubia y revuelta, y de los grandes ojos castaños, que chisporroteaban furiosos. Notó que el corazón le latía a velocidad suicida, y se pasó una mano temblorosa por los mechones oscuros, procurando dominar su respiración desbocada.

—Yo... —Fue lo único que logró decir antes de que ella volviera a interrumpirlo sin contemplaciones, con los puños bien apretados contra sus muslos como si reprimiera el deseo de estrellarlos contra su barbilla.

—¡No pienso quedarme a tu lado ni un segundo más! ¡Fuiste un chico odioso y te has convertido en un hombre más odioso todavía! ¡Ya puedes ir buscándote a otra estúpida que te haga de enfermera, pero te advierto que te va a costar trabajo, tienes un carácter insoportable!

Aquellas frases hirientes cayeron sobre el pobre Alexander con la contundencia de una lluvia de puñetazos en la nariz y, de pronto, sintió pánico. Habría querido suplicarle que no le dejara, confesarle que no podía soportar la idea de estar lejos de ella; que cuando ella no estaba a su lado sentía que le faltaba una parte vital de su ser; que la quería desde siempre y que le mataba de celos la relación que tenía con su hermano. Sin embargo, por primera vez en su vida, Alexander Hamilton se sentía tan inseguro como

un adolescente lleno de granos en su primera fiesta, y lo único que se le ocurrió fue exclamar con un balbuceo patético:

—¡No! ¡No puedes irte! ¡Has... has firmado un contrato que... que te obliga a estar aquí dos meses más!

—¡Pues denúnciame! —replicó ella, desafiante, antes de dar media vuelta y salir de la habitación dando un portazo que hizo temblar las paredes.

Maldiciendo entre dientes, Alexander buscó el bastón que había caído a algunos metros del sofá y cuando, por fin, consiguió ponerse en pie y salir corriendo —metafóricamente hablando, por supuesto— detrás de Nina, esta hacía varios minutos que había abandonado la casa.

Aquella Nochebuena, a pesar de que Sally, su mejor amiga, la había invitado a cenar con su familia, Nina decidió que prefería quedarse en casa. Tumbada en pijama sobre el sofá de su pequeño salón y tapada hasta la nariz con su manta favorita, veía la enésima reposición de una versión antigua de *Mujercitas*. Justo en el momento en que la pequeña Beth daba su último suspiro, sonó el timbre de la puerta y, sin dejar de despotricar en voz baja sobre lo inoportuna que podía llegar a ser la gente, se secó las mejillas empapadas con el borde de su camiseta de tirantes y fue a abrir.

Al otro lado de la puerta, un mensajero que, debido a las bajas temperaturas, ni siquiera se había molestado en quitarse el casco le tendió un pequeño sobre acolchado y un papel para que lo firmara. Nina tomó ambas cosas, muy sorprendida. Sus padres habían decidido pasar aquellas Navidades bajo el cálido sol de Miami y ya le habían entregado su regalo con antelación, por lo que no esperaba ningún envío; pero hacía demasiado frío como para permanecer elucubrando en la puerta, así que estampó su firma en el albarán y regresó, deprisa, al calor de su hogar.

Examinó el sobre por delante y por detrás; tan solo ponía su nombre y su dirección en el anverso. Impaciente, rasgó uno de los extremos y miró dentro con curiosidad. En el interior tan solo había un DVD con la carátula en blanco. Muy intrigada, Nina lo introdujo en el lector que había en el mueble bajo el televisor y lo puso en marcha. De inmediato, surgieron en la pantalla los titulares de la popular serie infantil *Patas de Alambre*, *Dientes de hierro*,

Cuatro Ojos y escuchó la sintonía, alegre y familiar.

Desconcertada, se recostó sobre el respaldo, muy atenta a la pantalla y, de repente, cayó en la cuenta de lo que estaba viendo. Alexander, pues no podía ser otra persona, acababa de mandarle por mensajero lo que debía ser la copia cero del episodio más esperado por los niños —y no tan niños— norteamericanos desde hacía casi diez años: el último capítulo de la serie. Un episodio por el que todas las cadenas de televisión del país matarían sin duda a su propia madre si la tuvieran.

A pesar de que no conseguía entender de qué iba todo aquello, Nina se obligó a concentrarse en lo que estaba viendo y, a los pocos minutos, estaba tan sumergida en la trama que apenas respiraba.

Después de varios malentendidos, que a Nina le arrancaron un sinfín de carcajadas, Alex el Orco le confesó, por fin, a Patas de Alambre que, en realidad, estaba enamorado de ella desde hacía años y que todas sus maldades obedecían a un absurdo intento de llamar su atención. Alex suplicó a su amada, rodilla en tierra, que fuera su pareja en el baile de graduación del instituto y, después de hacerse mucho de rogar, la escuálida niña de gruesas gafas de concha aceptó su propuesta, finalmente, con una deslumbrante sonrisa metálica.

La noche del baile del instituto resultó mágica. En una de las últimas secuencias, mientras bailaban muy juntos al compás de una lenta melodía, los labios de ambos se juntaron en un beso, torpe y lleno de dulzura, que hizo que Patas de Alambre se clavara el aparato de dientes en el labio inferior. Entonces, los dos soltaron una risita nerviosa al mismo tiempo y siguieron bailando sin dejar de mirarse a los ojos, embelesados por completo. La escena terminó con un fundido en negro, y Nina permaneció un buen rato inmóvil con las pupilas clavadas en los títulos de crédito, sin verlos en realidad, mientras una interminable hilera de lágrimas descendía con lentitud por sus mejillas.

Un poco más tarde, volvió a sonar el timbre de la entrada y, de nuevo, Nina se vio obligada a secarse la cara con la camiseta del pijama antes de correr a abrir la puerta y encontrarse, frente a frente, con el mismísimo Alex el Orco que esperaba apoyado en su bastón. Las pupilas de este Alex de carne y hueso se deslizaron, hambrientas, sobre su rostro y bajaron con un ansia

semejante por las suaves curvas que se adivinaban bajo la camiseta de tirantes, y las largas piernas que asomaban, desnudas, bajo el pantalón corto del pijama hasta los pies descalzos. Luego, volvieron a subir con la misma lentitud, siguiendo —de aquel modo, lento y apreciativo, que erizaba hasta el último de los poros de su piel— el mismo recorrido a la inversa hasta detenerse, al fin, sobre los grandes ojos castaños cuyas pestañas húmedas delataban que había llorado.

—¿Puedo pasar? —Su voz, grave y varonil, rompió el tenso silencio.

Nina asintió incapaz de articular palabra, mantuvo la puerta abierta y se hizo a un lado para permitirle el paso. Una vez dentro, Alexander miró a su alrededor con interés antes de afirmar:

—Me gusta tu casa, es tan acogedora como tú.

Estaban tan cerca, que ella podía sentir el calor que desprendía su cuerpo; un cuerpo imponente que parecía empequeñecer aún más las diminutas dimensiones de su hogar. A pesar de su nerviosismo, Nina consiguió recuperar el dominio de sus cuerdas vocales y habló por fin en un tono apenas más alto que un susurro:

—Muchas gracias, Alexander. Me ha encantado el capítulo. Me hace mucha ilusión haber sido una de las primeras personas que lo han visto...

—No de las primeras. Tú has sido la primera persona que lo ha visto —la interrumpió. Ambos permanecían de pie en mitad del pequeño recibidor, mirándose con fijeza. Sin apartar los ojos de su rostro, Alexander continuó—: Desde que te fuiste, salvo las sesiones de rehabilitación, no he hecho nada más que dibujar y dibujar. Mis dedos hormigueaban con la necesidad de expresar lo que sentía y no salí de casa hasta que terminé y lo monté. Todavía le faltan muchos detalles, pero la esencia está ahí. Creo que es lo mejor que he hecho hasta ahora.

—Desde luego, estoy convencida de que va a ser un gran éxito. A la gente le va a encantar. —Nina le dirigió una tierna sonrisa, y Alexander fue consciente de cuánto había echado de menos aquella dulce presencia en su vida.

—Me da igual si es un éxito o no. Nina... —Sin apartar sus pupilas candentes de las de ella, sujetó su delicado mentón entre el índice y el pulgar, y añadió en un ronco susurro—: Nina, en ese capítulo está el resumen de lo



que siento por ti, de lo que siempre he sentido por ti aún sin saberlo. Te quiero, Nina.

Al oír aquello, las rótulas de Nina Stewart se licuaron sin remedio y se vio obligada a apoyar las palmas de las manos en la estrecha cintura de Alexander para mantener el equilibrio.

—Yo... Alexander, tengo miedo. No quiero que vuelvas a herirme — musitó, aunque sabía que, a esas alturas, las precauciones eran inútiles; por mucho miedo que tuviese, se había enamorado sin remedio de ese hombre por el que, ya desde los tiempos del instituto y a pesar de sus pullas constantes, había sentido algo que no era odio precisamente.

—¡Te juro que te resarciré de todo lo que te hice sufrir en el pasado! ¡Ponme a prueba, Nina, ponme a prueba!

Los labios de Alexander estaban tan cerca de los suyos que ella tan solo tuvo que alzar un centímetro el rostro para que se encontraran y, al sentir el suave contacto, una intensa emoción empañó los ojos masculinos. Sin poder contenerse, Alexander se abrazó a su cuerpo esbelto con tanta fuerza que Nina pensó que le quebraría algún hueso.

Cuando, por fin, la boca de su antiguo tormento se apartó de ella unos segundos, Nina boqueó, tratando de recuperar el aliento, antes de contestar con una mirada cargada de malicia:

—Por supuesto que te voy a poner a prueba, Alex el Orco.

Y así fue. Durante los siguientes meses los papeles se invirtieron y Patas de Alambre, antaño la dulce víctima, se convirtió en la más despiadada mujer que caminó nunca sobre la faz de la tierra.

A pesar de que Alex el Orco le pedía que se casara con él al menos un par de veces al día, Patas de Alambre se mantenía inflexible y, además, como el famoso pez que se muerde la cola, se negaba a llegar hasta el final con la excusa de que no estaban casados.

A pesar de que semejante tortura ponía a Alexander al límite de su resistencia, en un momento dado, el castigo se volvió en contra del propio verdugo y era él el que, jadeante, se detenía cuando su malvada atormentadora, perdida por completo en un mundo de sensualidad

abrasadora, hubiera olvidado gustosamente la pena a la que lo había condenado y, a pesar de sus súplicas, se negaba a seguir adelante hasta que Nina prometiera de una vez que se casaría con él.

Por fin, tres meses después, incapaz de resistir por más tiempo su propia sentencia, Nina Stewart se rindió. Alexander, sacó entonces la arrugada licencia matrimonial que llevaba en el bolsillo desde la noche en que mandó el mensajero con el DVD a su casa y, ese mismo día, con su amigo Sam y su hermano Lucas como únicos testigos, se casaron en una iglesia cercana, a la que semanas antes el novio, muy previsor, había hecho un importante donativo.

Y si aquella noche, después de la breve celebración, a alguien le hubiera dado por apostarse frente a la casa de Alexander para espiarlos, ¿sabéis qué es lo que habría visto? Habría visto una espectacular miríada de chispas de todos los colores que, con la misma vistosidad que un espectáculo de fuegos artificiales, salían en ráfagas incesantes por todas las chimeneas de la vivienda.

## **Nota del narrador:**

El último capítulo de Patas de Alambre, Dientes de Hierro, Cuatro Ojos batió todos los récords de audiencia, habidos y por haber, y durante los años venideros fue citado como ejemplo en las principales escuelas de negocios del país.



ISABEL KEATS. Finalista del I Premio de Relato Corto Harlequín con su novela *El protector* y finalista también del III Certamen de novela romántica Vergara-RNR, siempre ha disfrutado leyendo novelas de todo tipo. Hace pocos años empezó a escribir sus propias historias y varios de sus relatos han sido publicados, tanto en papel como en digital. Escribir, hoy por hoy, es lo que más le divierte y espera poder seguir haciéndolo durante mucho tiempo.